

## Estudio histórico-filológico de la crónica del viaje a China de fray Agustín de Tordesillas<sup>1</sup>

José María Santos Rovira  
Universidad de Estudios Extranjeros de Cantón (China)



Fig. 1: Jesuitas en China

El siglo XVI fue una época especialmente fecunda en lo que a relaciones de viajes se refiere. Fue durante esa centuria cuando españoles y portugueses, junto con ingleses, franceses y holandeses, se lanzaron a la búsqueda de nuevos territorios, hasta entonces inexplorados por los europeos, con el fin de crear un imperio colonial como nunca se había visto. En palabras de Capel, es durante el siglo XVI “cuando se producen los grandes viajes y descubrimientos que cambiaron la historia europea y dieron una nueva dimensión a la historia de la Humanidad”. El descubrimiento de un nuevo continente a finales del siglo XV, provocó una fiebre expansionista y colonizadora en toda Europa, en la cual España mantuvo su liderazgo durante varias décadas. La progresiva instalación de asentamientos españoles en todo el continente americano fue, sin lugar a dudas, el principal objetivo de las expediciones españolas. Pero la conquista de diversos territorios asiáticos provocó también un efecto expansionista

<sup>1</sup> Este proyecto está subvencionado por el Center for Linguistics and Applied Linguistics, Guangdong University of Foreign Studies, P. R. China (This project has been sponsored by the Center for Linguistics and Applied Linguistics, Guangdong University of Foreign Studies, P.R. China).

hacia el este. De hecho, la mayor parte de los territorios interiores de este continente eran totalmente desconocidos para los europeos, por lo que suscitaban todo tipo de visiones imaginarias acerca de las innumerables riquezas que escondían. Tal y como señala Loureiro: “Los relatos de los viajeros medievales, con todo, siguieron circulando, difundiendo informaciones sobre Asia oriental cada vez más anacrónicas y fantasiosas”. A todo ello contribuían también las crónicas de viajes que eran redactadas por comerciantes europeos que no dejaban de maravillarse ante todo lo que encontraban en aquellas apartadas regiones del este. Un ejemplo de ello lo encontramos en João de Barros, historiador portugués del siglo XVI, quien en su obra *Asia-Década I* (Lisboa, 1552), escribió: “En cuanto al rey de China, bien podemos afirmar que sólo él, en tierra, pueblo, potencia, riqueza y policía, es más que todos” (83).

Pero la colonización de nuevas tierras no será el único objetivo que perseguirán los europeos que viajarán a Extremo Oriente. Es necesario recordar que los siglos XV y XVI fueron unas centurias marcadas profundamente por el espíritu evangelizador, algo que se hizo especialmente patente conforme se iban descubriendo nuevos territorios. España acababa de terminar un período histórico marcado a fuego por la lucha entre cristianos y musulmanes, y la llamada Reconquista de la Península Ibérica tuvo en su época un carácter más de Cruzada que de recuperación de un reino que había existido varios siglos atrás. Esta mentalidad pervivió durante los siglos posteriores y alcanzará su máximo esplendor con la conquista y colonización del continente americano. Por todo ello, las autoridades religiosas españolas estuvieron, a lo largo de todo el siglo XVI, en una línea de predicación a gran escala que incluía las Indias Occidentales y Orientales. Para la mentalidad de la época, la colonización de nuevos territorios era importante, principalmente, por el número de nuevas conversiones que podían realizarse. Una de las figuras más destacadas del momento fue el cardenal Cisneros, a quien, tal y como refleja Lenkersdorf, le “preocupaba mucho más la evangelización de los infieles que expandir los nuevos dominios en ultramar” (16). La misma idea la refleja Zhang Kai cuando escribe: “Después de lograr entrar en Filipinas, España tenía la idea de establecer un «Imperio católico en el Oriente». Naturalmente, China era un objetivo importante en la realización de este sueño” (77).

Portugal fue la primera potencia europea en establecerse firmemente en Asia, con la conquista del Sultanato de Malaca en 1511. Con ello consiguió una importante base para realizar el deseado comercio de especias y otros artículos de lujo que eran muy demandados por las clases altas europeas. Holanda y España fueron las siguientes potencias que siguieron la estela portuguesa de la conquista de territorios orientales. Para España, la base fundamental en Asia fueron las islas Filipinas (llamadas así en honor a Felipe II), conquistadas en 1565 por Miguel López de Legazpi. En este estado de cosas, las diversas órdenes religiosas que existían en toda Europa, se lanzaron a la evangelización de los nuevos territorios descubiertos. En Filipinas se fueron estableciendo, poco a poco, diferentes misiones religiosas con el fin de convertir a los paganos pobladores de las islas a la fe católica. Tal y como escribe Galende, la primera orden en llegar a estas islas fue la de los agustinos, en 1565, al comienzo de la

colonización. Tras ella fueron estableciendo misiones los franciscanos (1578), los jesuitas (1581), los dominicos (1587) y los recoletos (1606) (69).

De las islas Filipinas, fueron partiendo expediciones religiosas y comerciales hacia el continente asiático, muchas de ellas dirigidas hacia el imperio chino, el cual despertaba las ansias, materiales y espirituales, de muchos europeos desde hacía siglos. Según la tesis de Zhang Kai, el cristianismo llegó por primera vez a China durante la dinastía Tang (618-907), pero no a través de misioneros católicos sino nestorianos, procedentes de Persia y Bagdad, y será durante la dinastía Yuan (1206-1368) cuando verdaderamente llegue el catolicismo al “imperio del centro” gracias a varios religiosos franciscanos (122). No obstante, estos contactos fueron, durante varios siglos, esporádicos y anecdóticos, sin que llegara a haber una presencia permanente de la fe católica en China, ya que diversos conflictos políticos impidieron la continuación de estos primeros intentos evangelizadores. Habrá que llegar hasta el siglo XVI para encontrar las primeras misiones católicas en territorio chino. Cabe aquí citar las palabras de Santos Rovira:

En cuanto a la situación histórica de la región, recordemos que el primer asentamiento de europeos en territorio chino se había producido en 1557, cuando los portugueses fundaron la ciudad de Macao en la costa suroeste de China. En el aspecto religioso, los jesuitas fueron los primeros que establecieron una misión en suelo chino, en el año 1581. Por la misma época, varios religiosos españoles decidieron emprender rumbo a China con la finalidad de evangelizar al pueblo chino, entre los cuales destacan fray Martín de la Rada, fray Pedro de Alfaro, fray Martín Ignacio y el dominico portugués fray Gaspar de la Cruz, todos ellos autores de diferentes crónicas de sus viajes.

En esos años, China estaba gobernada por la dinastía Ming y, si en todo el mundo occidental hay una imagen mitificada de China, es precisamente la de aquella época. En palabras de Botton:

Es ésta la China que conocieron y admiraron los jesuitas, que codiciaron los comerciantes europeos, que inició el mito del lujo refinado, de la sabiduría milenaria... En pocas palabras, si en Occidente se tiene una imagen de la China tradicional, ésta es la que se plasmó en la dinastía Ming. (268)

A partir de aquí verán la luz una serie de títulos que abrirán los ojos a Europa sobre ese desconocido país. La primera obra escrita en español fue la titulada *Cartas de las Indias Orientales: Primera Relación publicada en Europa del Reino de la China*, impresa en Coimbra en 1555 y reproducida en Zaragoza en 1561 (Sanz), en la que se relatan los testimonios aportados por los misioneros jesuitas portugueses que se desplazaron con el propósito de evangelizar al pueblo chino. Pero, tal y como escribe

Santos Rovira, la obra que se convirtió en el verdadero referente para el conocimiento de la China de los siglos XVI y XVII, y que es considerada una de las obras cumbres tanto para literatura de viajes como para la sinología, fue la ya citada *Historia del Gran Reino de la China* (1585), de fray Juan González de Mendoza, que fue traducida a las principales lenguas de difusión de la época.

Unos años antes, el franciscano fray Agustín de Tordesillas (1580) escribió la crónica de su viaje, a la que tituló *Relación de el viaje que hezimos en china nuestro hermano fray Pedro de Alpharo con otros tres frailes de la orden de Nuestro seraphico padre san francisco de la provincia de san Joseph del año del señor de mil y quinientos y setenta y nueve años, fecha por mi, fray agustín de Tordesillas fraile profeso de la dicha provincia, testigo de vista de todo lo que aquí va ascripto*. Nacido en Tordesillas (Valladolid) en el año 1528, fray Agustín vivió su infancia muy apegado a la parroquia de su pueblo natal, ejerciendo allí como acólito, además de aprender a tocar el órgano. A la edad de 30 años, decidió tomar el hábito de la orden de San Francisco. Posteriormente fue ordenado sacerdote, y llegó a alcanzar la categoría de confesor. En 1577 formó parte de la primera expedición de franciscanos a las islas Filipinas, tal y como aparece reflejado en la carta que otro franciscano, fray Pedro de Alfaro, escribió en dicho año, enumerando todos los religiosos españoles que le acompañaron en su viaje. Una vez allí, fue nombrado superior del convento que se fundó. El 20 de mayo de 1579 partió rumbo a China, viaje del que regresará el 12 de febrero de 1580, y del que escribirá la crónica que tratamos en el presente trabajo. A su regreso a Manila ostentará diversos cargos, entre los que destacan: primer jefe de novicios, primer capellán del hospital real de Manila y vicario general de todo el archipiélago filipino. En 1582 regresará de nuevo a China, desde donde se dirigirá a Siam (actual Tailandia) al año siguiente. De allí viajará a Macao, donde ejercerá como custodio del convento allí instalado. Tras pasar en esta ciudad cerca de tres años, en 1586 regresará a Manila, donde vivirá el resto de su larga vida, muriendo a la edad de 101 años en el convento de dicha ciudad, siendo el último de los participantes en la primera misión a China en morir.

Agustín de Tordesillas fue uno de los primeros españoles en adentrarse en el desconocido imperio chino y en escribir una completa crónica de viajes de uno de los países más ansiados del momento. Su obra, conservada en forma de manuscrito en el Archivo de la Real Academia de la Historia, fue publicada posteriormente dentro de la obra de otro religioso contemporáneo, fray Juan González de Mendoza (1585), concretamente dentro de la Segunda Parte, Libro II de su *Historia del Gran Reino de la China*. Agustín de Tordesillas comienza su relato recordando su llegada a las islas Filipinas, junto con fray Pedro de Alfaro y otros catorce religiosos. Desde su llegada, tuvieron la intención de dirigirse al imperio chino con el fin de evangelizar a aquel pueblo. Tras una larga espera, motivada por muy diversas razones, decidieron embarcarse rumbo a China el autor junto con fray Francisco de Alfaro, natural de Sevilla; fray Juan Bautista Italiano, natural de Pesara; fray Sebastián de San Francisco, natural de Baeza; junto con los seglares Francisco de Dueñas, natural de Vélez Málaga, Juan Díaz Pardo, natural de Sanlúcar de Barrameda, y Pedro de Villarroel, natural de

Méjico, así como “un muchacho chino...y cuatro indios de Manila”. Todos ellos tuvieron la magnífica oportunidad de encontrar un mundo nuevo y desconocido para cualquier europeo, aunque no todo fueron buenos momentos. A lo largo de su relato, el autor hace una descripción no sólo de su viaje, sino también de todos los detalles relativos a la organización y sociedad de la China del momento, por lo que se convierte esta obra en una valiosísima fuente de información para reconstruir la historia de este país en el siglo XVI, así como entender las circunstancias que envolvieron la llegada de los primeros religiosos españoles y europeos al lejano Oriente.

Esta crónica de viajes está escrita con una intención claramente informativa, ya que su objetivo fundamental era mostrar la realidad de un país que, durante toda la historia, había sido objeto de toda clase de fantasías y especulaciones fuera de todo realismo, por lo que utiliza la prosa de no ficción, así como un estilo narrativo-descriptivo en el no tienen cabida los recursos literarios propios de la época.

Lo primero que debemos destacar, antes de enfrentar la tarea de analizar cualquier relato de viajes a la China del siglo XVI, es que para los españoles fue difícil establecer relaciones oficiales, e incluso comerciales, con este país, ya que para los chinos su país era el centro del mundo,<sup>2</sup> lo que se sobreponía a cualquier otra visión. Ello determinaba el tratamiento que daban a todos los extranjeros,<sup>3</sup> lo que unido a la idea de que cualquier influencia exterior podría contaminar el espíritu del pueblo chino, suponían barreras infranqueables para penetrar en este país. Esta imposibilidad de acercamiento religioso a China es rápidamente percibida por todos los misioneros que intentaron adentrarse en ella, tal como comprobó el primer Visitador jesuita que se trasladó a China, para quien “están tan cerradas las puertas de China que no se ve manera cómo poderse entrar con ellos” (Valignano 255; López-Gay 126). El propio Fray Agustín de Tordesillas muestra también en varias ocasiones, a lo largo de su obra, el rechazo de las autoridades chinas a cualquier presencia extranjera:

Tienen por orden los capitanes y generales de la mar que cualquiera gente de otra nación que toparen por su costa, los maten sin tomar ninguno a vida si no trajeren licencia de alguno de los gobernadores de las ciudades marítimas. (4)

En páginas posteriores, explica el autor la razón de la negativa china a permitir el asentamiento de extranjeros en su territorio, sea cual fuese el motivo:

---

<sup>2</sup> La mejor muestra de la firme creencia de los chinos en que su país era el centro del mundo es el mismo nombre que ellos le dan: Zhong Guo, literalmente “País del Centro”.

<sup>3</sup> El etnocentrismo que siempre han mostrado los chinos, con contadas excepciones, ha sido notable a lo largo de la historia. Uno de estos ejemplos es descrito por Alain Peyrefitte: “El nombre genérico para los europeos era «cheveux rouges», los cuales se dividían a su vez en yingjili (ingleses), gansula (españoles, también llamados castellanos), folanxi (franceses), y holan (holandeses), todos «de la même race que les Barbares qui vivent à Macao»” (*Un choc de cultures. La vision des Chinois*. Paris: Fayam, 1991, 44-45; citado en Rensoli 13).

Es ley irrevocable que no admitan otra nación para vivir en la China, y en especial castellanos ni portugueses, porque tienen por profecía que han de ser sujetados de una nación que tienen grandes barbas y largas narices y ojos de gato, y según algunos nos decían, somos nosotros de aquella nación, y así cuando nos querían vituperar nos llamaban ladrones ojos de gato, que es entre ellos una gran injuria. (11)

Esta misma idea era compartida también por el Padre Alfaro, otro de los expedicionarios que acompañó a fray Agustín de Tordesillas, quien fue un gran conocedor de la realidad de aquella parte del mundo. Precisamente, fue su pensamiento el predominante en la Europa del siglo XVI en lo tocante a la evangelización del lejano oriente. Éste afirmaba que “con o sin soldados, querer ir a China es tratar de aferrar la luna”, un frase que clarifica la difícil situación de las relaciones con dicho país. En la carta que escribió el 12 de octubre de 1579 al Gobernador de las Filipinas, Francisco de Sande, le comenta que la evangelización de ese reino no era tan fácil como otros pretendían. Al día siguiente, 13 de octubre, escribe a fray Juan de Ayora, guardián de Nuestra Señora de los Ángeles de Manila, y de nuevo vuelve a comentar el mismo asunto, que cuando regrese fray Agustín de Tordesillas a Manila, les desengañará a todos de las ideas que tenían sobre la evangelización de aquel reino, así como que no se empeñen en conquistar China porque es totalmente imposible.



Fig. 2: Mateo Ricci

Además, debemos señalar que, a pesar de que todos los misioneros católicos que viajaron a China tenían el mismo propósito, la evangelización, no todo fueron buenas relaciones entre ellos. De hecho, los métodos aplicados para conseguir dicha evangelización fueron completamente diferentes según la orden religiosa de que se tratara. Los más tolerantes con las creencias tradicionales de los chinos fueron los jesuitas, quienes intentaron atraerlos a la fe católica a través de la adaptación de sus propias creencias. El más conocido de todos los misioneros jesuitas que dedicaron sus esfuerzos a la evangelización del pueblo

chino fue Mateo Ricci, quien aprendió la lengua china a la perfección e incluso vestía como mandarín, por lo que consiguió ganarse la estimación y el aprecio de las clases altas de la época. Por el contrario, los métodos de otras órdenes fueron más rígidos, excluyendo la posibilidad de un acercamiento doctrinal entre catolicismo y creencias tradicionales chinas. En palabras de Losada:

La estrategia jesuítica en China fue muy similar a la seguida en América –acercamiento al otro, adaptación del mensaje misionero a las diversas creencias, etc.– con la diferencia esencial de que China, como es obvio, era una sociedad civilizada, culta, con una fuerte estructura y un alto nivel de autoestima. Era necesario actuar tomando como base la otra cultura, cristianizar lo chino. Un ejemplo de esto sería la lectura cristiana de Confucio, primer paso para la evangelización jesuítica frente a la intransigencia de franciscanos y dominicos que afirmaban que Confucio ardía en el infierno. (1996, 226)

Otro de los grandes problemas a los que se enfrentaba la diplomacia española del momento, era el desconocimiento general que había de las lenguas y las culturas asiáticas, tal y como refleja Hsu (197). Ello conllevaba que las diferentes embajadas enviadas a los emperadores chinos del momento no pudieran dar ningún fruto, por lo que las relaciones oficiales entre ambas naciones continuaron paralizadas durante muchos años.

Además, los tímidos intentos de contactar con las autoridades chinas se veían dificultados por otra nación, Portugal, quien veía los contactos entre españoles y chinos como una amenaza para sus intereses económicos. Estos tenían establecida una colonia comercial en el enclave de la península de Macao, lo que les proporcionaba acceso a todo tipo de mercancías provenientes del interior de China, teniendo un casi total monopolio en este ámbito. Por ello, la idea de que España pudiera establecer fructíferas relaciones suponía un grave peligro que desestabilizaría su comercio en el lejano Oriente. La propia expedición en la que participó fray Agustín de Tordesillas sufrió un gran revés causado por la envidia de los portugueses. Martínez Millán lo describe con estas palabras:

En 1579, los franciscanos Pedro Alfaro, Agustín de Tordesillas, Juan B. Lucarelli y Sebastián de San Francisco, acompañados del alférez Francisco de Dueñas, a espaldas del gobernador, llegaron a Cantón con el fin de establecer relaciones; pero sus intentos terminaron en fracaso en buena parte por los intereses comerciales de los portugueses residentes en Macao. (14)

El propio fray Agustín de Tordesillas relata las dificultades que tuvieron con los portugueses a causa de las suspicacias de estos:

En sabiendo los cristianos de Macao de nuestra llegada, entendieron que no éramos verdaderamente frailes sino espías de los castellanos que están en Luzón, y que detrás venía alguna armada para tomar alguna ciudad de las de China, y estorbarles sus mercaderías, que es lo que ellos más pretenden. (10)

Otro ejemplo de las malas relaciones y desavenencias existentes entre españoles y portugueses, fue relatado por el jesuita portugués Andrés Coutiño en una carta que dirigió a fray Agustín de Tordesillas el 20 de noviembre de 1579, en la cual explica que sus propios compatriotas en Cantón lo consideraban un traidor por haber tratado con los franciscanos españoles, y que incluso el Capitán Mayor de Macao, entonces colonia portuguesa, lo había sentenciado.

Pero las dificultades para la realización del viaje de nuestro autor a China no sólo provinieron del exterior. El propio Gobernador de las islas Filipinas, Francisco de Sande, no concedía el permiso a los religiosos para comenzar su expedición, por lo que, tal y como nos relata el propio Agustín de Tordesillas en su obra, tuvieron que escaparse sigilosamente de las Filipinas para comenzar su misión evangelizadora en el “imperio del centro”. Esta prohibición aparece reflejada también en otros escritos. En la carta que el 12 de octubre de 1579 fray Pedro de Alfaro escribió al Gobernador de Filipinas, informando de su viaje a China y del regreso a Manila de fray Agustín de Tordesillas, Francisco de Dueñas, Juan Díaz Pardo y Pedro de Villarroel, solicita que se les perdone el haber partido sin licencia, ya que él es el único responsable, además

de que el motivo fue servir a Dios.

A lo largo de los cerca de nueve meses que viajaron por China, fray Agustín de Tordesillas y sus compañeros tuvieron la oportunidad de acercarse a un mundo totalmente desconocido para ellos. Muchas de las cosas que encontraron les sorprendieron enormemente, unas positiva y otras negativamente. Lo que queda claro es que a lo largo de las 22 páginas que componen el manuscrito, encontramos valiosas informaciones sobre las costumbres, el

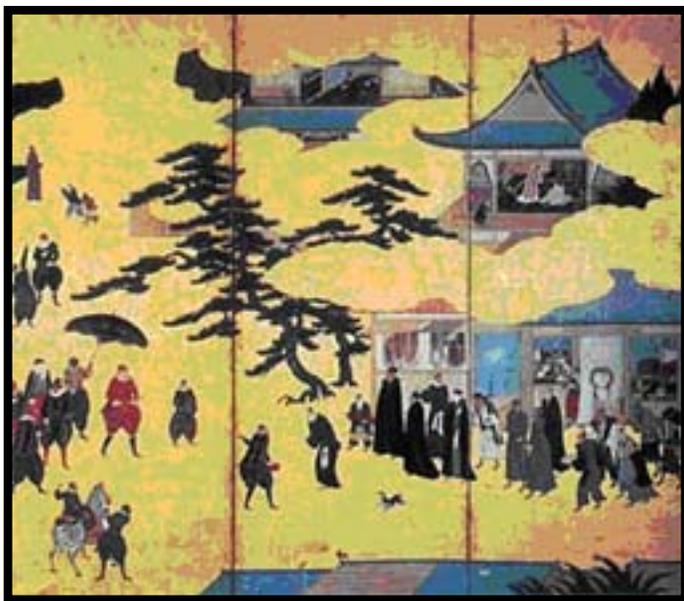


Fig. 3: Misioneros católicos visitando China

gobierno, las leyes, la sociedad, la cultura y todo tipo de detalles interesantes para acercarnos a la China del siglo XVI. Todas estas descripciones, así como las aparecidas en las decenas de obras que se publicaron a lo largo de toda la segunda

mitad del siglo XVI, causaron un gran impacto, por lo desconocidas que eran, en la España del momento, así como también en toda Europa. Con ellas, así como con todos los productos comerciales que llegaban, se produjo en la época una auténtica “fiebre china”. Tal y como afirma Zhang Kai, en las casas eran muy apreciados los muebles de laca y los biombos, las mujeres comenzaron a utilizar abanicos y parasoles en sus salidas, y la porcelana fue muy apreciada como objeto decorativo (104). La “fiebre china” llegó hasta tal punto que en una obra teatral que se representó en París en 1600, uno de los protagonistas afirmaba que la fiebre por China estaba conquistando toda Europa. Este gusto por lo chino provocó, como refleja Cervera, un deseo de acercamiento hacia una cultura que era capaz de producir tan bellas obras de arte, así como la reafirmación de la existencia de otras culturas, otras tierras y otros mundos que debían ser conocidos en Europa, ampliando el horizonte cultural y científico de la época.

El léxico utilizado a lo largo de esta crónica está muy alejado de cualquier terminología técnica, ya que fue escrita como una relación de viajes con propósito informativo, por lo que todo su vocabulario es el considerado como usual durante la segunda mitad del siglo XVI. Con todo, a lo largo de sus páginas podemos encontrar algunos términos transcritos del chino, con su correspondiente traducción al español, fundamentalmente referidos a los nombres que se les daba a las diferentes autoridades del lugar. Así encontramos:

- *los manterines que son los jueces (7)*
- *estos se llaman sopor que quiere decir verdugo (7)*
- *otro juez que llaman tinpintao, que es como teniente suyo (14)*
- *al thesorero el cual se llama soquinfu (14)*

Pero de entre todas sus descripciones y comentarios de la vida en China, los más llamativos fueron los referentes a las creencias y prácticas religiosas ya que, como dijimos anteriormente, era la religión el motivo principal de todas estas expediciones. En varias ocasiones encontramos referencias a ello. Concretamente, en la página 9 escribe: “Porque ellos tienen al cielo por Dios”, una muestra clara del desconocimiento de las verdaderas creencias religiosas de los chinos,<sup>4</sup> ya que casi todos los misioneros católicos que se aproximaron a ellas en dicha



**Fig. 4: Misionero bautizando a un converso chino**

<sup>4</sup> Cuando los misioneros españoles llegaron a la China de la dinastía Ming, encontraron tres corrientes religioso-filosóficas: el confucianismo, el taoísmo y el budismo. Las dos primeras eran originarias del país, mientras que la última había llegado desde la India entre los siglos II y III d. C. (Rensoli 11).

época las consideraron idolátricas y sin evolucionar, lo que demuestra una falta de conocimientos sobre las mismas, así como una total incomprensión hacia sus verdaderas creencias y sus orígenes (Rensoli 12).

Por todo ello podemos decir que la obra de Agustín de Tordesillas es de un gran valor histórico, literario y filológico, ya que es un relato histórico, vivido directamente por el autor, gracias al cual podemos obtener una imagen realista de la China de finales del siglo XVI, además de un documento fidedigno para estudiar las relaciones entre Oriente y Occidente, así como las diferentes visiones, unas veces acertadas otras erróneas, que cada cultura poseía de la otra. De hecho, fue este valor histórico y literario el que motivó que fray Juan González de Mendoza (1585), autor del mejor libro sobre la China de los Ming, la incluyera en su obra. Hasta el momento, tanto esta obra como otras de su época son unas grandes desconocidas para el lector moderno, a pesar de que su valor es incalculable. Todos estos misioneros, que tuvieron que sufrir multitud de penalidades en su afán evangelizador, nos legaron, a través de las obras que escribieron, un caudal inagotable de valiosísima información tanto para el historiador como para el filólogo. Gracia a ellos también, España se convirtió en un referente cultural para el conocimiento de la China de los siglos XVI y XVII. En palabras de Zhang Kai: “Los misioneros españoles jugaron un importante papel pionero en los intercambios culturales entre China y Occidente, convirtiendo a España en el centro de estudios sinológicos más importante de Europa antes del siglo XVIII” (121). Además, su espíritu les llevó, no sólo a China, sino por todo el continente asiático. En Japón, y tal como refleja Galende, los religiosos españoles dejaron una influencia cultural y doctrinal importantísima, llegando también a Formosa (la actual Taiwán), Camboya, Siam (actual Tailandia), las islas Molucas, las islas Marianas, Carolinas y Palau, lugares todos que fueron impregnados, unos en mayor y otros en menos medida, por el legado de estos misioneros (80). Por todo ello podemos considerar la obra de Agustín de Tordesillas (1580) *Relación de el viaje que hezimos en China* una interesantísima crónica de viajes a la China del siglo XVI, así como una obra que nos acerca al mundo que vivieron los misioneros que se lanzaron a la evangelización del lejano Oriente.

## Obras citadas

- Alfaro, fray Pedro de. *Carta*. 1577. Archivo General de Indias. REF ES.41091.AGI/16419//PASAJEROS,L.5,E.4634.
- Alfaro, fray Pedro de. *Carta de fray Pedro de Alfaro, custodio de los franciscanos de Filipinas [al gobernador de Filipinas], sobre su viaje secreto a China*. 1579a. Archivo General de Indias. REF ES.41091.AGI/16403.14.85//FILIPINAS, 84,N.12.
- Alfaro, fray Pedro de. *Carta de fray Pedro de Alfaro, franciscano, a fray Juan de Ayora, guardián de Nuestra Señora de los Ángeles en Manila*. 1579b. Archivo General de Indias. REF ES.41091.AGI/16403.14.80//FILIPINAS,79,N.5.
- Barros, João de. Ed. António Baião. *Décadas*. Lisboa: Sá da Costa, 1945-46.
- Botton Beja, Flora. *China. Su historia y su cultura hasta 1800*. Méjico: El Colegio de Méjico, 1984.
- Capel, Horacio. "Geografía y arte apodémica en el siglo de los viajes." *Geo Crítica. Cuadernos críticos de geografía humana* 56 (1985). <<http://www.ub.es/geocrit/geo56.htm>>.
- Cervera, Isabel. "Recepción del arte chino en España." *China y España*. Centro Virtual Cervantes, 2006. <[http://www.cvc.cervantes.es/obref/china/recepcion\\_arte.htm](http://www.cvc.cervantes.es/obref/china/recepcion_arte.htm)>.
- Coutiño, Andrés. *Carta a fray Agustín de Tordesillas*. 1579. Archivo General de Indias. REF ES.41091.AGI/16403.14.80//FILIPINAS,79,N.8.
- González de Mendoza, Juan. *Historia del gran reino de la China*, Madrid: Polifemo, 1990.
- Galende, Pedro G. "Evangelización, cultura y expansión." Eds. Alfredo J. Morales y Cristian Pérez-Marín Salvador. *Filipinas, Puerta de Oriente. De Legazpi a Malaspina*. Madrid, Barcelona: SEACEX (Sociedad Estatal para la Acción Cultural Exterior), Lunweg, 2003.
- Hsu, Carmen. "Dos cartas de Felipe II al emperador de China." *eHumanista* 4 (2004): 194-209. <<http://www.spanport.ucsb.edu/projects/ehumanista/>>.
- Lenkersdorf, Gudrun. "La carrera por las especias." *Estudios de historia novohispana* 17 (1997): 13-30.
- López-Gay, Jesús. "Ante la China del s. XVI, evangelización pacífica o conquista armada." *Boletín de la Asociación Española de Orientalistas* 41 (2005): 125-34.
- Losada, Elena. "La concreción de dos espacios míticos: Catay y China, expediciones portuguesas entre 1513 y 1640." Eds. Emma Martinell Gifré y Mar Cruz Piñol. *La conciencia lingüística en Europa. Testimonios de situaciones de convivencia de lenguas (ss. XII – XVIII)*. Barcelona: PPU, 1996. 216-36.
- Loureiro, Rui Manuel. Trans. C. A. Caranci. "Los portugueses en la ruta de la China (viajes, comercio y literatura en el siglo XVI)." *Revista Española del Pacífico*

- 8 (1998). <<http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/12271656442363728543435/p0000007.htm>>.
- Martínez Millán, José. “La crisis del partido castellano y la transformación de la Monarquía Hispánica en el cambio de reinado de Felipe II a Felipe III.” *Cuadernos de Historia Moderna* 2 (2003): 11-38.
- Peyrefitte, A. *Un choc de cultures. La vision des Chinois*. Paris: Fayard, 1991.
- Rensoli Laliga, Lourdes. “G. W. Leibniz: Europa, China y la idea de civilización.” *A Parte Rei: Revista de Filosofía* 17 (2001). <<http://serbal.pntic.mes.es>>.
- Santos Rovira, José María. “Aproximación a la *Historia del Gran Reino de la China*, de Fray Juan González de Mendoza.” *Espéculo. Revista de estudios literarios* 31 (2005-06). <<http://www.ucm.es/info/especulo/numero31/vchina.html>>.
- Sanz, Carlos, ed. *Cartas de las Indias Orientales*. Madrid: s.l., 1958.
- Tordesillas, fray Agustín de. *Relación de el viaje que hezimos en China nuestro hermano fray Pedro de Alpharo con otros tres frailes de la orden de Nuestro seraphico padre san francisco de la provincia de san Joseph del año del señor de mil y quinientos y setenta y nueve años, fecha por mi, fray agustín de Tordesillas fraile profeso de la dicha provincia, testigo de vista de todo lo que aquí va ascripto*, 1580. Manuscrito, Archivo de la Real Academia de la Historia. Localización y transcripción por María Dolores Folch Fornesa. <<http://www.upf.es/fhuma/eeao/proyectos/che/s16/tordes.htm>>.
- Valignano, Alessandro. Ed. Joseph Wichi. *Historia del principio y progreso de la Compañía de Jesús en las Indias Orientales (1542-64)*. Roma: Institutum Historicum S.I., 1944 [1584].
- Zhang, Kai. *Historia de las relaciones sino-españolas*. Pekín: Editorial “Elephant Press”, 2003.